

Ocultamente fué poniendo hojas de rosa seca sobre cada una de las llagas de la leprosa, y fajándola todo el cuerpo la acostó en la cuna, para que se durmiese. Llegado el día siguiente avisó Bernarda á su señor que estaba la muchacha sin lepra. Atónito Jerónimo de oír estas razones, fué volando á ver á su leprosa; y no dando crédito á lo mismo que miraban sus ojos, la puso luego á la vista de los jueces apostólicos para que se certificasen del prodigio inaudito; y para perpetuo testimonio del beneficio quiso que de allí adelante se llamase María de la Rosa.

Doña Sebastiana de la Vega, habiendo de pasar muy lejos, á la provincia de Fucarán, en compañía de su marido el Doctor D. Cipriano de Medina, abogado de la real Audiencia, al subir á caballo, cuando hacía fuerza en el estribo para ponerse en la silla, apartándose la mula dió en vago, torcióse el cuerpo y se le salió de su lugar un hueso. Eran intolerables los dolores que este accidente la causó. En la cama no podía mudarse de un lado para otro, ni usar de la mano en cosa que fuese necesario algún impulso ó fuerza. Una noche aumentándose más y más el dolor que la producía el hueso salido de su lugar, pidió que la trajesen un retrato de papel de los que con licencia de los superiores se habían estampado en gran número en Roma y llegado hasta el Perú. Mientras que con devoto afecto le tomó en los brazos y le rezaba, se durmió doña Sebastiana, y despertando por la mañana, súbitamente se halló sana y publicó el milagro, diciendo á su marido que ya estaba con salud y sin dolores.

Había embargado de alto á bajo el cuerpo de una negra llamada María, esclava de Diego de Requena, una impetuosa y repentina apoplejía. Pasmados los nervios, palpitaban desmesuradamente los brazos y las piernas de la infausta mujer. Había cuatro días que estaba sin habla, no tenía sentido, y en opinión de los médicos se acercaban á toda prisa los últimos instantes de su vida. Afligida por el caso su señora sacó un

papel en el que tenía estampada la imagen de la virgen Rosa, cubrió con ella la cara de la enferma, imploró juntamente la piedad benéfica de la sierva de Dios, y he aquí que en un punto cesó la agitación de pies y manos, levantóse en pie la negra, vuelta á sus sentidos, comió y conocieron todos que el accidente se había desvanecido. Admirado Diego de Requena de la extraordinaria virtud de la imagen, hizo en sí mismo la experiencia. Debajo de la rodilla derecha tenía una hinchazón que le daba molestia, le causaba dolores é impedíale el andar; aplicó la estampa á aquella parte, y al primer contacto se sintió libre del humor que le fatigaba.

En el otoño del año 1630, Francisco Gutiérrez Maya, clérigo presbítero, natural de Sevilla, viéndose perseguido de la ciática; por hacer demasiado uso de cataplasmas muy calientes, fué causa de que se le declarase la gota en el pie derecho. Crecieron extraordinariamente los dolores; y le produjo la hinchazón continuos desmayos, sin poder sufrir sobre ella ningún cobertor ni aun un cendal de Holanda; y porque también sentía disentería, pidió que le diesen los santos sacramentos, viniendo en ello el médico, porque entrambos juzgaron que era llegada su hora. Con todo eso rogó el enfermo, que para su consuelo le enviasen las religiosas del convento de Santa Catalina de Sena, cuyo confesor era, un lienzo en que estaba la imagen de Rosa. En viéndola hizo que la pusiesen dentro del pabellón de la cama y que cerrasen las cortinas. Viéndose á solas con ella, enfervorizado el espíritu, comenzó á hacer oración en la forma siguiente: «Virgen santa y gloriosa, que tan valida estás con el Altísimo, de quien gozas en estado feliz y bienaventurado, mírame con ojos de piedad: atiende, que aunque nunca te he merecido tan benévolas atenciones, á lo menos soy confesor de tu misma madre; yo también la ayudé con mis diligencias á que la dieran el hábito en este convento, autoricé con mi presencia su profesión solemne cuando recibió el velo

negro: Tú, pues, has de rogar á tu dulce Esposo, que olvidado de mis grandes pecados, me restituya la salud antigua, para que pueda emplearla desde aquí adelante en su mayor servicio.» Dicho esto, con gran fuerza y más robusta fe, puso ambas manos debajo de la pierna inflamada y pidiendo perdón á la sierva de Dios, fué levantando el peso del pie, que tanto le dolía, hasta tocar la orilla de la imagen; después de brevísimo contacto, lentamente le fué bajando, para que descansase sobre la cama; y lo que no había podido ser antes, sucedió entonces, que se durmió quietamente por espacio de media hora. Despertó luego, y llamando con alegres voces á los domésticos, mostró el pie derecho, quitadas las vendas con que estaba ligado; pero sin gota, sin tumor, vuelto á su color natural, en nada desemejante al izquierdo, restituído á perfecta salud.

El mismo Licenciado Francisco Gutiérrez, era padrino de Luis Cortés, hijo de Mariana de Cea. A éste siendo de edad de cinco años abrasaba el ardor de las calenturas y la inflamación mortal del dolor de costado le tenía muy al cabo. Las unturas, sangrías y bebidas de la botica le hacían más daño que provecho. Entró á visitarle el médico Francisco Jiménez, y á la primera vista le dió por irremediable sin disimulo alguno. Vino á la sazón Francisco Gutiérrez con la imagen de Rosa, dijo al niño que fuese diciendo con él una devota oración á la sierva de Dios. Durmióse luego el enfermo casi media hora; despertando después, pidió que le acercasen la imagen, porque deseaba venerarla con ósculos reverentes. Llegaronla y saludóla con inocentes besos, adquirió luego al punto las fuerzas perdidas, cesó el dolor de costado, desaparecieron las calenturas, y en breve espacio de tiempo, sin ayuda de otro medicamento, recobró perfectísima salud.

Catalina de Vera durante veinte días continuos padeció dolores y latidos de cerebro y sienas; y la acerbidad del sufrimiento de él era tan crecida, que no pudiendo comer ni dormir, era opinión de todos que muy

en breve se había de ver sumida en las fauces insaciables de la muerte. Lo mismo sentía el protomédico del virrey y otro gran médico, llamado el Doctor Rocha. Por lo cual, después de haberse confesado, rogó la enferma con mucha insistencia al Licenciado Francisco de Coloma, clérigo presbítero, que la trajese, aunque fuese por poco tiempo, la efigie de Rosa que tenía en su casa. Hízolo así el sacerdote y púsola muy cerca de la enferma dentro de las cortinas de la cama. Ella como pudo dió ósculos afectuosos á la imagen, y mientras que con reverencia aplicaba la pintura á la cerviz, el rostro y las sienas, quedándose dormida, despertó al poco tiempo completamente sana.

Ana de Herrera, en la proporción con que repugnó por algún tiempo dar crédito á los milagros que se decían obrados por Rosa, fué después que los experimentó en sí misma, su más acérrima defensora. Había mucho tiempo que esta mujer se oponía á creer los prodigios cotidianos que sucedían en el sepulcro de la virgen; contradiciendo la verdad, ó menospreciando la calidad de los portentos. Pero corrigió su pertinacia rebelde una visión que tuvo en sueños. Parecíale que un terremoto horrible arruinaba desde los cimientos la ciudad de Lima, y temblando de miedo, aun sin querer se encomendaba á Rosa, y eran tan fuertes los gritos y las ansias con que en su favor la llamaba, que sólo con el conato del vocear despertó despavorida. Entonces vió por sus ojos claramente á Rosa, que apareció en la forma y traje que la representaban las muchas pinturas que en aquella ciudad había. Vióla puesta de rodillas haciendo oración por la conservación de su patria y ciudad. Reducida con esto Ana y más aficionada á la virgen, pidiéndola perdón, con el rendimiento debido, de los yerros que contra la opinión de su santidad había cometido, se puso bajo su protección; y no tardó en llegar ocasión oportuna en que pudo valerse del amparo de la virgen. Le sobrevino un corrimiento en la sien izquierda, tan doloroso y recio, que quitándola el jui-

cio por dos días enteros, pensaba en breve perderle del todo, si Rosa no se daba prisa á socorrerla. Por lo cual tomó la imagen, pasóla dos ó tres veces por la parte dolorida, volvió luego á reclinar la cabeza sobre las almohadas, quedóse dormida, y despertando á la media noche, halló que habían huído todos los dolores, por no poder resistir el poder de Rosa.

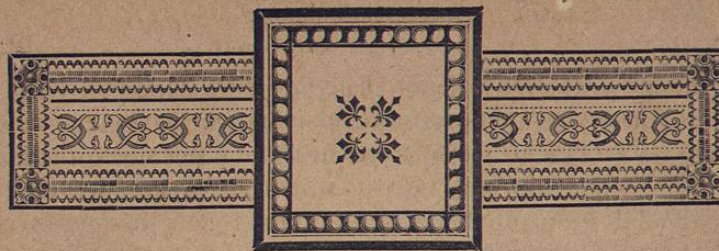
Alfonso de Hita, administrador y mayordomo del monasterio de Santa Catalina de Lima, estaba casado con María de Azpeitia, á quien los médicos habían sangrado cinco veces y hecho tan copiosas evacuaciones para atajar las tercianas dobles, que por la mucha flaqueza quedó su vida como pendiente de un hilo. En este estado, incapaz la enferma de comer y de dormir, se acercaba muy de prisa al término de la vida. Detúvola una imagen que la enviaron del monasterio, que puesta sobre la cama para que la viese, con sólo mirarla huyeron las calenturas y pudo ponerse en pie la doliente. El mismo beneficio obró otra estampa de papel con Felipa Gil, agrabada molestísimamente con tercianas dobles, puesta sobre la cabeza de la enferma, cuando estaba temblando y batallando con la mayor pujanza del frío.

Cierre felizmente este capítulo la misma que engendró á Rosa, María de Oliva. Esta venerable matrona pocos días después de tomado el hábito en el convento de Santa Catalina de Sena, enfermó de erisipela tan pertinaz, que se resistía á todo tratamiento de la medicina. A esto se agregaron calenturas fuertes y destemplanza en el estómago, causada por malas indigestiones. Rendida por tantos enemigos, hizo cama por espacio de ocho días, temerosa de las consecuencias de tantas y tan graves dolencias. La Priora, que amaba tiernamente á la enferma, por ser madre de Rosa, sentía gran tristeza al verla en tanto peligro. Visitándola una noche, acompañada de otras muchas monjas, después de haber hablado de varios asuntos para distraerla, poco á poco se introdujo la cuestión si sería conve-

niente traerle la bendita imagen de su hija. No le sonó esto mal á la enferma, antes bien, apenas se la trajeron á la cama la recibió con gusto. Despidiéronse por entonces las religiosas, y volviendo á visitarla después de hora y media, halláronla reposando con sueño suave y que juntamente tenía sudor copioso. Al día siguiente, levantándose de la cama María de Oliva, iba á toda prisa á oír misa á las rejas del Coro; encontróse con la Priora, que admirada de verla, la preguntó por qué se había levantado ó á dónde iba. A lo que respondió, confesando ingenuamente todo el suceso. Dijo que después de haber dado muchos besos á la imagen de su hija, se había quedado dormida, que á la media noche se había hallado bañada en sudor, que tomándose el pulso había echado de menos la calentura, que, echando la mano al rostro, conoció que había cesado la hinchazón sin quedar señal del tumor, lo que la aseguraba que se hallaba del todo sana; siendo el hambre y ganas de comer buen testigo de que estaba de veras libre de la enfermedad que la molestaba.

Séanos permitido poner fin á estos prodigios, saludando á la virgen ilustre de Lima, á la flor más olorosa del nuevo mundo, con estas palabras de San Bernardo: «¡Oh estirpe feliz de la Oliva, fructífera y fecunda en la casa de Dios, que despides para bien de los mortales unguentos saludables y brillantes luces; que regalas y alivias á tus devotos con beneficios, resplandeciendo con prodigios estupendos! Concédenos, ¡oh sierva amada del Altísimo! que también participemos de las luces y suavidades que estás gozando en compañía de tu divino Esposo. ¡Oh Rosa fragante y olorosa! que floreces con eternos renuevos delante del Señor de las alturas, esparciendo en todas partes fragancia de virtudes, cuya memoria es ocasión á los que vivimos en este inculto destierro, de darte mil bendiciones; cuya presencia en el cielo logra los indecibles honores, que se tributan á los cortesanos de aquella región pacífica, intercede delante del trono de la divina Majestad, con quien tanto puedes,

para que los que cantan tus heroicas virtudes y celebran tus excelsas hazañas, no queden frustrados de la parte que esperan de tanta plenitud y perfección tanta; como en ti admiran los que miran la hermosura de tu gracia. Finalmente, alegrémonos todos, gocemos en el Señor, pues ya tiene en su gremio la corte celestial, una abogada nacida entre nosotros, que se empeña en socorrernos, mirando con buenos ojos las calamidades que padecemos; que apadrina y defiende con sus méritos á los que en esta vida edificó con ejemplos y que da confianza y firmeza con la multitud de los milagros que se obran por su intercesión.»



CAPITULO VIII

Merecidos elogios con que fué celebrada la virgen Santa Rosa en las instancias de su Beatificación y Canonización.

LANTOS y tan portentosos eran, según se ha visto en los capítulos anteriores, los milagros que cada día obraba por los méritos de su sierva el que todo lo puede, menos lo que implica contradicción; que no es de maravillar que, desde el momento de su feliz tránsito anhelaran todos venerarla en los altares, pues en su corazón y en sus labios ya la aclamaban «Santa». Pero como el pueblo, que ordinariamente no piensa ni discurre, dejándose llevar de su sentimiento, puede extraviarse en sus juicios y en los fervores de una devoción mal entendida, hemos de oír el sensato é ilustrado parecer de los que discurrieron con fundamento sobre las heroicas virtudes y portentosos prodigios de nuestra humilde virgen, para formar cabal concepto de la virtud y santidad de nuestra Rosa. No basta para este objeto oír los elogios con que